

20 de febrero de 1963

Sr. D. Antonio Acevedo Escobedo,  
Jefe del Departamento de Literatura,  
Instituto Nacional de Bellas Artes,  
México, D.F.

Caro y admirado amigo:

Agradezco mucho a usted el amable envío de un ejemplar del libro Maestros y amigos, donde don Isidro Fabela —maestro y amigo— recoge semblanzas de escritores. Tuve el gusto de oírle algunas en la plática que sustentó en la Sala Ponce, durante la temporada de conferencias sobre el trato con escritores, con tanto brillo organizada por usted.

El libro es de grata lectura. No sería exagerado decir que "se ve" y "se oye" a quienes en sus páginas están bosquejados, de tal manera son precisos los rasgos, vivo el colorido, certeras las valoraciones. Ya escribí a don Isidro acerca de esa nueva obra suya. A usted le corresponde el mérito de haberla sacado a luz pulcramente. Sirve usted a las Letras mexicanas con diligencia y eficacia, y todos cuantos en México escriben han de estarle agradecidos.

El Anuario del Cuento Mexicano, 1961, es otra meritísima demostración de ayuda inteligente a nuestra literatura. En ese nutrido volumen todos los gustos hallan satisfacción. Es precisamente lo que al Departamento que usted dirige le correspondía hacer: un vasto muestrario del cuento mexicano en el curso de un año, sin exclusivismos, ni siquiera preferencias. Todos los cuentistas "al parejo": el lector "se saltará" lo que guste —mejor dicho, lo que no le guste, y para ello basta con curiosear las primeras líneas; ellas mueven a la repulsa o incitan a proseguir la lectura.

Como usted dice en la Nota Preliminar —de usted la supongo— el lote da a conocer las orientaciones predominantes entre los nuevos cuentistas, e incluso refleja la manera de ser del mexicano de hoy. A esa luz, merece comentario cada cuento; pero ello sería "el de nunca acabar"; tan sólo —invitado por el título—, me detendré un momento en el de María Elvira Bermúdez, porque presenta la sorprendente peculiaridad de eliminar a todo macho, al punto de que incluso quien maneja la "cotorra" es, contra toda lógica, una "ruletera". Apenas si las aspiraciones matrimoniales de la vehemente Lala dejan entender que aun hay hombres en esa nueva Amazonia... No será aventurado identificar a la cuentista con su personaje llamado María Elena; identifico asimismo a la novelista "Lilia Rosa", Blanca Rosa en el cuento, porque de ella se burla un tanto cuanto la autora —pág. 45— al mencionar su novela de extravagante título: Vainilla, bronce y morir, primero como Pimienta, plata y amar, y después como Canela, oro y partir; por añadidura, se divierte en presentarla como una de las sospechosas. Bromas de amiga, puesto que en la página siguiente la elogia con hipérbole muy femenina. Sin duda, hay más alusiones a coetáneas nuestras de carne y hueso.

Las más complidas gracias por la atenciones con que me distingue usted; y un afectuoso abrazo, como amigo que le aprecia y lo admira:

*J. M. González de Mendoza*